



A l i L a n d

S O Y

M A L L A
B U E N A

Pàmies

Título original: *Good Me Bad Me*

Primera edición: octubre de 2017

Copyright © 2016 by Bo Dreams Ltd.

© de la traducción: Concepción Gábana Rueda, 2017

© de esta edición: 2016, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-16970-48-3

BIC: FF

Ilustración de cubierta y rótulos: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*Dedicado a las enfermeras de salud mental del mundo.
Las verdaderas estrellas del rock.
Este libro es para vosotras.*

«Pero los corazones de los niños son unos órganos delicados. Un inicio difícil en la vida puede dejarlos deformados de mil extrañas maneras».
Carson McCullers, 1917–1967

ÍNDICE

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

Agradecimientos
Contenido extra

¿Has soñado alguna vez con estar en un lugar muy, muy lejano? Yo sí.

Un campo lleno de amapolas.

Diminutas bailarinas rojas danzando un alegre vals.

Señalando con sus pétalos hacia un sendero que conduce a una orilla limpia. Extensa.

Floto boca arriba en un océano turquesa y bajo un cielo azul.

No hay nada más. No hay nadie más.

Ansío oír las palabras «Nunca dejaré que te pase nada malo».

O «No fue culpa suya, solo era una niña».

Sí, estos son los sueños que tengo.

No sé qué va a pasarme. Tengo miedo.

Es algo diferente. No me han dado opción.

Lo prometo.

Prometo ser tan buena como pueda.

Prometo intentarlo.

Sube ocho escalones. Sube otros cuatro.
La puerta de la derecha.

*La sala de juegos.
Así lo llamaba ella.
Aunque lo que se jugaba allí era pura maldad,
y solo había un único ganador.
No, mamá. Por favor, no. Me duele. Por favor.
Tráeme entonces a alguien más con quien jugar.
De acuerdo, mamá, lo haré, lo prometo.
Cuando no era mi turno
me hacía mirar por un agujero en la pared.
Después me preguntaba: ¿Qué has visto, Annie?
¿Qué has visto?*

1

Perdóname si te digo que fui yo.

Que fui yo quien lo contó.

El detective era un hombre amable, con una gran barriga toda redonda. Al principio se mostró incrédulo. Pero luego saqué del bolso la ropita llena de sangre. Eran prendas tan pequeñitas...

Y el osito de peluche salpicado de rojo. Podría haberle llevado más cosas, había mucho donde elegir. Ella nunca supo que yo guardaba todo eso.

El detective se intentaba acomodar en su silla. Se sentaron muy derechos, él y su barriga.

Noté que su mano temblaba ligeramente al descolgar el teléfono. Venga ahora mismo, dijo. Deberías haber oído el silencio mientras esperábamos a que apareciera su superior. Para mí era soportable. Para él, en absoluto. Unas cien preguntas retumbaban como tambores en su cabeza. ¿Estará esta chica diciendo la verdad? No puede ser. ¿Tantos? No. Seguro que no.

Conté la historia otra vez. Y otra. La misma historia. Ante caras diferentes que me miraban, ante oídos diferentes que me escuchaban. Les conté todo.

Bueno.

Casi todo.

Cuando acabé mi declaración, el único sonido de la sala era el suave zumbido de la grabadora.

Tendrás que ir al juzgado, lo sabes, ¿verdad? Eres el único testigo, dijo uno de los detectives. ¿Crees que estará segura si la mandamos a casa, dijo otro, si lo que está diciendo es verdad? Tendremos una reunión de equipo en cuestión de horas, replicó el inspector jefe al cargo, que luego

se giró hacia mí: no va a pasarte nada, dijo. Ya me ha pasado, quise contestar.

Todo fue muy rápido después de eso, tenía que ser así. Me dejaron en la puerta del colegio, en un coche sin distintivos, a la hora en punto de la salida de clase. A tiempo de que ella me recogiera. Me estaría esperando con sus peticiones, últimamente más urgentes de lo normal. Dos en los seis últimos meses. Dos niños pequeños. Desaparecidos.

Actúa con normalidad, me dijeron. Vete a casa. Iremos a por ella esta noche.

El sonido del reloj de mi cómoda era constante. Tic. Tac. Tic. Y lo hicieron. Vinieron. En mitad de la noche, con el elemento sorpresa a su favor. Se oyó un crujido apenas perceptible en el camino de grava de fuera. Yo estaba en la planta de abajo en el momento en que derribaron la puerta.

Hubo gritos. Un hombre alto y delgado, vestido normal, a diferencia de los otros, dio una serie de órdenes que cortaban el olor agrio de nuestro salón. Tú, ve arriba. Tú, ahí. Vosotros dos, al jardín. Tú. Tú. Tú.

Una marea de uniformes azules se extendía a lo largo de nuestra casa. Con las pistolas en las manos contra el pecho, como si estuvieran rezando. Lo emocionante de la búsqueda y lo terrorífico de la verdad, grabados en sus caras en la misma proporción.

Y de repente tú.

Te sacaron a rastras de tu dormitorio. Tenías en la mejilla una marca roja de dormir, mientras intentabas asimilar lo que estaba pasando. No dijiste nada. Ni siquiera cuando te aplastaron la cara contra la alfombra ni cuando te leyeron tus derechos, ni cuando te inmovilizaron poniendo rodillas y codos sobre tu espalda. El camisón subido por encima de los muslos. Sin ropa interior. Indignidad máxima.

Volviste la cabeza a un lado. Me miraste. Tus ojos no se apartaban. Leí en ellos con facilidad. A ellos no les dijiste nada, pero a mí me lo dijiste todo. Asentí.

Pero solo cuando nadie miraba.

2

Un nombre nuevo. Una familia nueva.

Nuevecita.

Una.

Nueva.

Yo.

Mi padre de acogida es psicólogo. Es un especialista en traumas; tanto como su hija, Phoebe, aunque esta es más experta en lo que los causa que en el daño que producen. La madre, Saskia, creo que intenta que me sienta como en casa, pero no estoy segura. Es muy distinta a ti, mamá. Superdelgada y ausente.

Mientras esperaba a que Mike viniera a recogerme, todo el personal del hospital me decía que había tenido suerte. Qué familia más fantástica, los Newmont. Y plaza en el colegio Wetherbridge. Guau. Guau. GUAU. Sí, lo había conseguido. Debería sentirme afortunada, pero como realmente me siento es asustada. Asustada de descubrir quién y qué puedo ser.

Asustada de que también ellos lo descubran.

Hace ahora una semana que Mike vino a recogerme, hacia el final de las vacaciones de verano. Yo llevaba el pelo limpio y recién peinado, recogido en una coleta tirante. Practiqué cómo iba a hablar, si debía sentarme o quedarme de pie. A cada minuto que pasaba, oyendo las voces que no eran la suya, sino las de las enfermeras, que se contaban algún chiste, me iba convenciendo de que él y su familia habían cambiado de opinión. Que se lo habían pensado mejor. Permanecí clavada en el suelo, esperando a que me dijeran: Lo siento, no vas a ir a ningún sitio hoy.

Pero entonces apareció Mike. Me saludó con una sonrisa

y un firme apretón de manos, nada formal, sino agradable, en tanto que me hizo saber que no tenía miedo de entablar contacto conmigo. De correr el riesgo de contaminarse. Recuerdo cómo percibió que no tenía apenas pertenencias, solo una maleta pequeña. En ella había puesto unos cuantos libros, algo de ropa y otras cosas que había escondido, recuerdos tuyos. Nuestros. No llevaba nada más, dado que nuestra casa estaba prácticamente vacía. No te preocupes, dijo Mike, iremos de compras. Saskia y Phoebe están en casa, añadió; cenaremos todos juntos, será una gran bienvenida.

Fuimos con el director del hospital. Poco a poco, poco a poco, dijo, tómate cada día según venga. Son las noches lo que temo, quise decirle.

Se intercambiaron más sonrisas. Más apretones de manos. Mike firmó algo, se giró hacia mí y dijo: «¿Lista?».

No, la verdad es que no.

Pero me fui con él de todos modos.

El viaje a casa fue corto, de menos de una hora. Cada calle y cada edificio eran nuevos para mí. Había luz cuando llegamos a la gran casa, con columnas blancas en la parte delantera. ¿Todo bien?, preguntó Mike. Asentí, aunque bien no me encontraba. Esperé a que abriera la puerta principal; se me puso un nudo en la garganta cuando me di cuenta de que no estaba cerrada con llave. Entramos, aunque podíamos ser cualquier desconocido. Llamó a su mujer. Sas, dijo, hemos llegado. Ya voy, fue la respuesta. Hola, Milly, dijo, bienvenida. Sonreí, es lo que pensé que debía hacer. Rosie, su terrier, me recibió también; se alzó, se apoyó en mis piernas y estornudó feliz cuando le rasqué las orejas. ¿Dónde está Phoebes?, preguntó Mike. Viniendo de casa de Clondine, respondió Saskia. Perfecto, dijo Mike, cenaremos en una media hora entonces. Sugirió también que Saskia podía enseñarme mi habitación; recuerdo cómo Mike asintió como intentando insuflar ánimo. A Saskia, no a mí.

La seguí escaleras arriba, intentando no contar los escalones. Una nueva casa. Una nueva yo.

En la tercera planta solo estáis tú y Phoebe; nosotros estamos una más abajo. Te hemos puesto en el dormitorio del fondo, tiene una vista preciosa del jardín desde el balcón.

El amarillo de los girasoles, de un tono asombrosamente brillante, fue lo primero que vi. Eran como sonrisas en un jarrón. Le di las gracias a Saskia, le dije que eran unas de mis flores favoritas, y ella pareció satisfecha. Curiosa cuanto quieras, dijo, hay ropa en el armario. Te traeremos más, por supuesto, podrás elegirlo todo tú. Me preguntó si necesitaba algo. No, respondí, y se fue.

Solté mi maleta y me dirigí a la puerta del balcón; comprobé que estaba cerrada con llave. Estaba a salvo. El armario, a la derecha, era alto y de pino macizo. No miré en el interior, no quería pensar en ponerme ropa para luego quitármela. Al girarme, descubrí que había cajones bajo la cama; los abrí y los recorrí con las manos por el fondo y por los lados. No había nada. Estaba a salvo, de momento. Un gran espejo empotrado cubría por entero la pared de la derecha. Di la espalda a mi reflejo, no quería recordarme a mí misma. Comprobé que el pestillo de la puerta del baño funcionaba, y que no podía abrirse desde fuera; después me senté en la cama y traté de no pensar en ti.

Después de un buen rato, oí unos pasos que subían machacando la escalera. Intenté mantenerme tranquila, recordar los ejercicios de respiración que me había enseñado el psicólogo, pero estaba confundida, por lo que cuando ella apareció en mi puerta centré la vista en su frente, lo más cercano al contacto visual que podía manejar. «La cena está lista». Su voz fue como un ronroneo pastoso, con una pizca de mal humor, justo como la recordaba cuando nos reunimos todos con la trabajadora social. No pudimos vernos en el hospital. No autorizaron que ella supiera la verdad, ni siquiera permitieron que tuviera la oportunidad de preguntar nada. Recuerdo que me sentí intimidada por su aspecto: rubia y segura de sí misma, con pinta de estar aburrida, forzada a recibir a extraños en su casa. Durante la entrevista preguntó dos veces cuánto tiempo iba a quedarme con

ellos. Las dos veces le dijeron que se callara.

Mi padre me ha pedido que viniera a avisarte, dijo, con los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud defensiva. Había visto al personal del hospital haciendo ver a los pacientes lo que significaba su lenguaje corporal, etiquetándolo. Yo observaba atentamente, aprendí un montón. Ya hacía varios días de aquello, pero lo último que dijo antes de girar sobre sus talones como una bailarina enfadada se quedó en mi cabeza: Ah, y bienvenida a esta casa de locos.

Seguí su olor, dulce, rosa, hacia la cocina, fantaseando sobre cómo sería tener una hermana. Sobre qué clase de hermanas podríamos ser ella y yo. Ella sería Meg, pensé, y yo sería Jo, unas *Mujercitas* particulares. Me habían contado en el hospital que la esperanza era mi mejor arma, que sería lo que me haría avanzar hacia adelante.

Los creí como una tonta.